

excelso, y tan sublime, no se admira, ni se invoca. Hoy es cuando los hombres, teniendo completamente olvidada la elevada idea del poder divino, no profesando respeto alguno hácia el admirable saber que resplandece en Dios, y en sus obras, ni sitiéndose en manera alguna atraídos por aquel amor, que le hace el perfectísimo de los séres; consideran tan sublime misterio con glacial indiferencia, con mortífero decaimiento.

¡Ah! hermanos míos; avívese esta noche nuestra fé! recordemos ahora, que ese misterio es, sin embargo, el fundamento de nuestra religion santísima; la divisa que nos distingue entre las gentes; el arma que nos presta fuerza para abatir y vencer á nuestros implacables adversarios. Recordemos, que el Altísimo, para hacernos verdaderamente grandes y admirables, quiso que resplandeciera en nosotros la imágen y la semejanza de ese misterio, infundiéndonos un alma, una en su sér, trina en sus facultades, potente en sus efectos, admirable en sus obras, amorosa en sus operaciones. Recordemos, que el conocimiento de ese augusto misterio, no puede ménos que ennoblecen nuestra razon, cuando ésta, humillada por su nada, lo adora en su grandeza, lo admira en su sabiduría, y lo invoca en su amor. Pues bien; animados con el ejemplo de la mística flor Trinitaria, de nuestra Madre santísima, rindamos á Dios ese homenaje debido de alabanza, de admiracion y de amor. Y á fin de que dicho homenaje sea más agradable al Altísimo, ofrezcámoselo por la mediacion de nuestra Madre María.

¡Oh, Virgen excelsa! ¡oh mística flor Trinitaria! acoged, en este instante, nuestras humildes deprecaciones, y presentadlas con aquel amor, que reconocemos en Vos, al trono inaccesible de nuestro altísimo Dios. Tales son los ruegos de vuestros devotos ¡oh María! que, estimulados por vuestro ejemplo, desean rendir al más grande de los misterios, el más sincero, á la vez, que el más sagrado de los tributos. Sí, ¡oh Madre santísima! nosotros adoramos, con la más profunda veneracion, aquel Poder infinito, fuente y principio de la individua Trinidad; admiramos aquella Sabiduría, que, engendrada *ab eterno* por el Padre, hizo en el tiempo tan admirable ostentacion de sí misma, en todas las obras del universo; invocamos, finalmente, con las voces más tiernas y afectuosas, aquel Amor, que, personificado en el Espiritu Paráclito, quiso ser sobre la tierra la vida, el consuelo y el refrigerio de los hombres. ¡Oh, Madre! por vuestra intercesion, acepte el Altísimo este débil homenaje de sus miserables hijos. Y Vos, por vuestra parte, perfeccionadlo, uniéndolo á aquel, que á este mismo misterio ofrecisteis un dia acá, en la tierra, y que

hoy ofreceis, con perfeccion mayor, desde el excelso trono de vuestra incomparable gloria. Y ¡qué consuelo no experimenta nuestro corazon! Habiendo ofrecido hoy el tributo de nuestra sumision, volveremos á ofrecerlo todos los dias de nuestra vida mortal, para ofrecerlo luégo, eternamente, en los esplendores de la gloria.

DIA VEINTE Y CUATRO.

EL ACEBO,

Ó SEA:

MARÍA, AUXILIO DE LOS CRISTIANOS.

Ipsa conteret caput tuum.
Ella quebrantará tu cabeza.
(GEN. III, 15.)

Los furiosos huracanes, los vientos terribles y las embravecidas tormentas, desátanse sobre los desiertos campos. Desnúdase ¡ay! todo árbol, marchitase toda flor, y toda planta conviértese en esterilidad y podredumbre. Las aguas van engrosando cada dia, los torrentes hinchase á cada instante, y el enfurecido cierzo deja sentir, incesantemente, su helado soplo. Densas nubes cubren el cielo, los campos están tristes y desiertos, la tierra blanquea bajo una espesa capa de nieve. ¡Desventuradas avecillas, bestias infelices de los campos! ¿dónde podreis hallar, pues, un abrigo? ¿quién os suministrará vuestro alimento? ¿en qué lugar podreis preservaros de los rigores del frio, de los vientos y de las aguas?

¡Ah! mis amados hermanos; adorad la providencia de un Dios, que, blasfemada por el impío, escarnecida por el incrédulo, y negada por el ateo, es, sin embargo, aquel glorioso atributo con el cual el Altísimo se muestra á sus criaturas; á las cuales no abandona en sus

necesidades, las provee en sus penurias, las socorre en sus carestías, amparándolas, alimentándolas, consolándolas y refrigerándolas. Siendo el Criador del cielo y de la tierra, el legislador, que los gobierna, su penetrante mirada había previsto las necesidades de aquellos inocentes animales; y con aquella voz omnipotente, que sacó de la nada todas las cosas, mandó á la tierra que produjese una planta, que suministrase alimento y abrigo, en los rigores del invierno, á sus desvalidas criaturas. Habló, y al punto brotó esa planta providencial, de elevadísimo tronco, magestuoso ramaje y abundantes hojas. ¡Oh! contempladla en su forma piramidal! reconocedla en aquel rojo encendido de sus flores! admiradla en aquel verde esplendoroso de sus seductoras hojas! Vereisla armada de espinas hasta allí, donde pudiera menoscabarla el humano poder, á fin de que nadie ose ofenderla; sus hojas inferiores desparrámanse de manera, que el ciervo y el gamo encuentran espacio suficiente para establecer allí su guarida; las hojas de su centro son más apiñadas, á propósito para ofrecer un abrigo á la tórtola y la paloma; y sus hojas superiores, son espesísimas, como que deben servir de albergue al ruiseñor y al gorrión, al mirlo y al canario. Y para que, al paso que el abrigo, no falte, por otra parte, alimento, hé aquí que en dicha planta crece un suavísimo fruto, que despues de haber sido gustado un poco por la familia superior, descende á la [del centro, y desde allí á la inferior. ¡Oh Dios providentísimo! y esa planta especial, ese misterioso Acebo, ¿no fuera acaso para nosotros la prueba más cierta de tus beneficencias infinitas?

Empero ¡oh cristianos! esa maravilla que Dios obra en el orden físico y material, no es más que una sombra y una figura de aquello que ejecuta en el espiritual y en el moral. Dios había fundado su Iglesia, y siendo ésta obra del Altísimo, debía sufrir, igualmente, una estación de rigores y de invierno: estación terrible, cuya duración, léjos de terminar con el decurso de los meses, habíase prolongado tanto como la de la Iglesia misma. Y entonces fué cuando el Altísimo, en su promesa de que su combatido pueblo no debía sucumbir á los rigores de tan crudo invierno, así como en los campos hizo crecer el delicioso Acebo, quiso, asimismo, que otra planta semejante brotase en el terreno de su Iglesia, en auxilio, defensa y apoyo de sus perseguidos hijos. Poco tardó el Altísimo en proporcionarnos la afortunada planta. Aquella que se llama florida vara de Jesé; Aquella que se denomina Rosa de Jericó; Aquella que nosotros reconocemos cual verdadera Flor de los valles, no podía dejar de ser la predestinada para tal oficio. Yo me gozo ¡oh cristianos! en mostrá-

ros la en este día, cual la venera nuestra Madre la Iglesia (1). Y no solamente en este día, [sinó aún durante estos días venturosos, regocíjase mi ánimo en mostráros la por tal, puesto que nuevos triunfos vienen á confirmar la verdad de mi asunto.

¡Virgen gloriosísima, Acebo espiritual, auxilio poderoso del pueblo cristiano, firme apoyo de la Iglesia de Jesucristo! ¡ah! que los triunfos y las victorias que alcanzasteis en el terrible combate, sean para nosotros prenda y origen de nuevas glorias y de nuevos triunfos! A. M.

La promesa de Dios, no cabe dudarla, mis amados hermanos, debía cumplirse infaliblemente. El había jurado, que la Iglesia, combatida en todos tiempos, con toda clase de armas y en todos sentidos, saldría siempre triunfante y victoriosa de la prolongada persecucion. Y á fin de que ella permaneciese en la seguridad del triunfo, prometió la asistencia de su brazo á su Esposa, y su auxilio y su protección contra los esfuerzos y los ataques de los enemigos. No creais, sin embargo, que tal promesa eximiera á María del combate y de los triunfos. La terrible lucha empeñada contra la Iglesia y la fé al principio de los tiempos, debía recrudecer despues de haber aparecido el Salvador del mundo; no debía cesar un momento de emplear sus artificios y sus asechanzas á los piés de aquella Virgen, que nos había dado el Reparador prometido. Léese en el sagrado libro del Génesis: la enemistad fué declarada en el Edén, entre el fruto de la mujer y la descendencia de la serpiente; los pueblos que debían nacer, son llamados pueblos de contradicción, de oposición, de combate; mas la lucha debía estallar contra la mujer prometida; Ella sola deberá sostener sus terribles embates; Ella sola deberá ser el blanco de las maquinaciones de los enemigos; Ella, la que deberá cantar el solemne triunfo: *Ipsa conteret caput tuum, tu insidiaberis calcaneo eius.* (GEN. III, 15). ¿Queréis pruebas más evidentes de ello? Acudid, pues, á las profecías de Juan.

En el éxtasis de su espíritu, el discípulo amado ve una portentosa señal en el cielo. Una mujer vestida de sol, rodeada de luz y coronada de estrellas: en frente de ella, un dragon bermejo, con diez cuernos, que se distingue por siete cabezas coronadas de diademas. La mujer hállase próxima al parto; y el dragon se pone delante de ella á fin de tragarse al hijo, apénas haya nacido.... Entretanto, las milicias celes-

(1) Celebrando en este día la Iglesia la solemnidad de María, bajo el título de: *Auxilium christianorum*, háse creído conveniente consagrar á esa misma solemnidad el presente sermón todo entero.

tiales dispónense á proteger el parto de la mujer; ésta pare, la lucha se hace tremenda; y el Hijo, destinado ya para gobernar á la tierra, es salvado de las garras del dragon; y éste, abatido y vencido, es arrojado del Cielo. Entónces, ardiendo en ira, y dominado por el rencor, el dragon dirige todos sus ataques contra la mujer, con el propósito de hacer pasto de sus hambrientas fauces, así á ella, como á los hijos que le restan.

¡ Con qué colores tan brillantes no está aquí diseñada ¡ oh cristianos! la guerra atroz movida por el infierno, no sólo contra el tierno Hijo del Altísimo, fruto inmaculado de la Virgen, sinó, igualmente, contra la Virgen misma, á fin de arrebatarle, cuando no otra cosa, sus restantes hijos! ¡ Ah! yo no vacilo en asegurar con toda franqueza, que la promesa de Cristo, de no privar jamás á la Iglesia de su asistencia, debe entenderse de su continuada presencia al lado de María, para defenderla en la terrible lucha, que se halla destinada á sostener para la conservacion y el triunfo de la Iglesia y de los cristianos. Si, mis amados hermanos; el demonio odia á la Iglesia, la combate y la persigue; y con el propósito de destruirla, asesta sus dardos contra el corazon de María; y María, espiritual Acebo, lucha por sí misma y por sus hijos; y por sí misma y por sus hijos triunfa, igualmente. Y para que se vea, claramente, que mis palabras no se apartan de la verdad, seguidme en la historia de diez y nueve siglos, desde la fundacion de la Iglesia.

Y no creais, desde luego, que yo trate ahora de hablaros, principalmente, de aquellos primeros combates, en los cuales la Virgen se ejercitara en la lucha, ora confirmando en la fé á los pastores y á los Magos; ora procurando en Egipto la conversion de aquellos bárbaros; ya iluminando á los Apóstoles respecto del conocimiento de los misterios más reconditos; ya, por último, excitando á los discípulos á la generosa confesion del nombre de Cristo. Aquéllas fueron ¡ oh cristianos, unas luchas que, en lugar de ser iniciadas por el dragon contra la mujer, fueron, por el contrario, provocadas por María misma, á fin de que el enemigo del averno supiera, claramente, el cargo que Ella había asumido en la Iglesia de Jesucristo.

Y vedla, en efecto, á esa Iglesia, salida apénas de los lábios y del corazon del moribundo Redentor, dilatarse por toda la redondez de la tierra. Los oráculos enmudecen á su presencia; los dioses paganos se ocultan; y los templos profanos se desploman y desaparecen por completo. Entónces se grita: destruyamos la infamia y la locura de la Cruz y del Nazareno. Las pasiones, que se ven condenadas por este Hombre Dios, y el demonio que cada dia se tiene que lamentar por la

pérdida de sus secuaces, adunan sus esfuerzos; y, fiando demasiado en su loca osadía, persuádense de poder destruir á la Iglesia de un solo golpe. Dáse la señal de la decisiva batalla: los emperadores y los tiranos, conviértense en instrumentos de la lucha; las hachas, las espadas, los potros y los tormentos de todo género, son las armas del combate; la sangre de los mártires, que corre ya á torrentes, debe asemejarse, al fin, á un rio desbordado, que derribe y arrastre, en su curso, al temido coloso de la religion y de la fé. ¡ Insensatos, que creisteis destruir á la Iglesia, degollando á sus adoradores! aquella sangre era semilla de nuevos justos; era la sávia que fecundaba en el suelo nuevas plantas, nuevos gérmenes. ¡ Bien lo sabían aquellos héroes! de ahí, que animados por el ejemplo de Jesús y enervados por la voz de su Madre santísima, que había hablado á sus oídos, acá en la tierra, ó que hablaba á sus corazones, desde el Cielo, se ofrecían al combate. Y María ¿ que hacía, por su parte, oh cristianos? María, cual espiritual Acebo, que preserva de los rigores del invierno, triunfaba en ellos, y por medio de ellos; en ellos, porque daban solemne testimonio de su Hijo; y por medio de ellos, porque les alcanzaba gracia, proteccion y constancia.

Empero, no era esa, solamente, la guerra fomentada por Satanás. El dragon debía encararse desde luego con la Mujer: y hé ahí que surge una falange de hombres indignos, llamados Docetas, Gnósticos, Marcionitas, Maniqueos y otras sectas, que ostentaron la divisa de la iniquidad y de la barbarie; hélos ahí á todos luchando contra el Hijo del Altísimo; unos, negando la verdad de su humana naturaleza; otros, la consubstancialidad con su Padre; hélos ahí á todos, levantándose contra el Hijo de María, siendo Aquél ultrajado, ó negado; asegurando, además, que Ésta, ó no era Madre, ó no era Virgen; y que si ella era Madre, no era Madre de Dios; y que si era Virgen, no era fecunda: hélos ahí introduciendo la confusion en el seno de la Iglesia entera, sembrando disensiones, creando divisiones, oscureciendo la fé, y desgarrando sin descanso el corazon aflijido de nuestra piadosa Madre. Y María ¿ qué hace? María, espiritual Acebo, lucha por sí misma y por la Iglesia; triunfa por sí misma y por la Iglesia.

Y, notadlo bien: contra la amenazadora heregía surge, en primer lugar, entre los Padres, el mártir Ignacio; y hé ahí enseñando á los Docetas, que Cristo era espíritu y carne, que había nacido, no en apariencia, sinó en verdad, de María, y que siendo invisible, se había hecho visible; que era Dios hecho hombre. La voz del santo tranquiliza á la Iglesia; y hé ahí que María vence al dragon, mostrando la verdad de la carne en su Hijo, con la verdad de su sér de Madre.

Aparece luego Justino; y á los Ebionitas, que pretenden, que Jesucristo es hombre de hombre, y María, Madre, á semejanza de las demás mujeres, opone el gran pasaje de Isaías: *Ecce Virgo concipiet* (Is. VIII, 14); les demuestra, que una Virgen, solamente, puede concebir un Hijo divino; les convence, les confunde, les aplasta con su *Trifon*; y hé ahí á María triunfando de la heregía, por medio de su virginal candor, y derribando y destruyendo á la bestia en un segundo combate.

Ireneo entra, el tercero, en la palestra; y empuñando las mismas armas que Ignacio y Justino, confunde á los hereges pasados y futuros; presenta á nuestra vista cuanto hay de más sublime en la fé, de más misterioso en los sacramentos, y de más excelso en la religion. La naturaleza adámica, la gracia cristiana, y la gloria divina, son las fundamentales consecuencias que saca de su simple proposicion: *María Virgen y Madre*; y con dicha proposicion, destruye, abate y condena las pasadas y las futuras blasfemias. María es siempre la que lucha y triunfa.

Y hé aquí, precisamente ¡oh cristianos! porque la Iglesia va repitiendo sin cesar, que María ha destruido y aniquilado cuantas heregías han aparecido sobre la tierra: *cunctas haereses sola interemisti*.

Bastará un solo hecho, hermanos míos, para demostraros, que toda heregía puede y debe decirse abatida por el poder de la santísima Virgen. Si tú dices, exclamaba Arquelao, impugnando á Manete, que Cristo no ha nacido, seguramente, no habrá tampoco padecido; y por lo tanto, no habrá muerto ni resucitado. Y si el Nazareno no ha resucitado, tampoco resucitaremos nosotros. ¿Qué juicio, pudiera estar reservado para un hombre, que no ha de resucitar? ¿Qué ley, pudiera existir para un hombre, que no ha de sufrir juicio alguno? Hé ahí, pues, añadía el santo, las consecuencias de tu impia doctrina. Mas si confesares, que María es verdadera Madre de Cristo, en tal caso, desaparecen todo error, toda heregía y toda infamia.

¡Oh poder sobrehumano de María! ¡Oh mujer verdaderamente fuerte y terrible! ¿Quién pretendiera, pues, negarte la prerogativa de ser aquel espiritual Acebo, colocado por Dios mismo en el campo de la Iglesia, cual verdadero auxilio, cual firme apoyo del pueblo cristiano? ¡Oh! sí, repitémoslo, hermanos míos, con toda la efusion de nuestro corazón; María es nuestro auxilio y nuestra defensa: *Auxilium Christianorum*.

Mas los ataques del dragon infernal ¡oh cristianos! debían reproducirse en todo lugar, en todo tiempo y en todo sentido. Vencidos por la fortaleza de los mártires; desconcertados por la doctrina de

los doctores, y aniquilados siempre por el poder de María; renuévanse con la fuerza de ejércitos enteros, levantados para destruir y oprimir el poder cristiano. Inglaterra, España, Portugal y la Italia, son los puntos en los cuales se intenta el terrible asalto. Los moros, los normandos y los musulmanes, son los miembros escogidos para abatir á la religion. Empero, todos ellos fueron vencidos, derrotados y exterminados. Mas ¿á quién se debe la gloria de ello? A María, al espiritual Acebo, siempre á María. En Inglaterra, María reunía bajo sus abundantes hojas, á los dos pueblos, al opresor y al oprimido, conduciéndoles á entrambos á sus santuarios. En las Españas, la victoria seguía la enseña de María; y Fernando y Alfonso, dejaban de ello al mundo monumentos duraderos y eternos. En Italia, la Virgen misma aparecíase para proteger á Narseto contra las armas de Totila. En Portugal, la Virgen de Claravalle, desvanecía los temores. En Dinamarca, lo mismo que en Polonia, el himno de guerra era un cántico en honor de la Virgen. Recuérdense las jornadas de Lepanto, las victorias de Carlos y la liberacion de Corfú, donde la impiedad musulmana trataba de derribar á la cristiana ciencia, y la Media-luna de sustituir á la Cruz. ¿Quién hizo infructuosos tantos esfuerzos? ¿Quién reprimió tanta osadía? ¿Quién destruyó sus innumerables fuerzas? El Pontífice Pio, os responde, que todo ello no se debió á otro que á María. Gregorio XIII añade, que esa Madre fué el escudo y el refugio de los cristianos. Clemente XI os repite, que á María son debidas las gracias por el gran número y la gloria de los triunfos alcanzados.

Empero ¡ay! ¿qué nuevo acontecimiento viene ahora á perturbar á la Iglesia? qué mano sacrilega puede llevar el descaro y la osadía hasta el punto de encarcelar á su Cabeza visible, el Romano Pontífice? ¡Ah! no temais, oh cristianos! María ha empuñado ya su escudo, ya se arroja sobre el enemigo, ya lo derriba; y hé ahí al Pontífice volviendo al seno de su Iglesia, en medio de universales aclamaciones.

¡Oh pueblos impíos! oh gentes! oh naciones inicuas y perversas! tenedlo, pues, bien entendido de una vez: en vano, en vano hostilizais á la Esposa de Cristo; María vela por ella, la defiende, la cubre con su ramage, y la sustenta con sus frutos; y vosotros no sereis, en todo caso, más que las víctimas de vuestro propio furor.

Y ahora, mis amados hermanos, en el momento en que voy á terminar mi discurso, lisonjéome de poderos citar á vosotros mismos por testigos de mis palabras; á vosotros, que fuisteis ya los afortunados admiradores de gloriosos triunfos; á vosotros, que alimentais la

firme esperanza de que, por la intercesion de María, podreis presenciar otros más ruidosos y brillantes todavía. La guerra impía declarada abiertamente á la Iglesia, en todo tiempo, debía cubrirse con el manto de la hipocresía. Ciertos principios, ó ideas infernales, que, en apariencia, pudiéranse creer encaminados á un fin muy distinto que al de destruir á la religion, debían venir en auxilio del descreido filosofismo. Y nosotros, hermanos míos, hemos experimentado, y estamos aún experimentando, los funestos efectos de esa nueva lucha. Iniciada ésta á fines del siglo pasado, proseguida al principiar el presente, renovada cuando apénas habían transcurrido pocos lustros, recrudescida poco tiempo há en la misma ciudad de Roma; hállase hoy en el apogeo de su infernal furor. El Pontífice, que, cual nuevo David, fué un día desterrado de su reino por causa de sus hijos, y que puede repetir con justa razon, que fué colocado por Dios sobre la Cátedra de Pedro como una señal de contradiccion y de ruina; los sacerdotes, de cuya sangre vemos regados los caminos de nuestra pátria, y los cuales hoy, con toda suerte de injusticias, ó artificios, son maltratados y oprimidos; todo nos está indicando unas llagas las más terribles de una sociedad reprobada; unas heridas las más crueles de una Iglesia combatida. Pero, en medio de nuestra misma afliccion; cuántas satisfacciones no nos consuelan y cuántos triunfos no nos regocijan! ¿No es hoy, acaso, cuando la Iglesia se abre paso en unos puntos, en los cuales anteriormente veíase más oprimida y abatida? ¿No es hoy, cuando la fé se renueva en los corazones, ya harto débiles, de los modernos cristianos? ¿No es hoy, cuando la grandeza de los triunfos aterra á los enemigos mismos de la Iglesia y de Cristo? Y ¿á quién se deben tantas glorias, por quién se reproducen tan solemnes triunfos?

Por María, mis amados hermanos, por María. No olvidéis, que en nuestros dias fué, precisamente, cuando la piedad del Pontífice quiso adornar de nueva gloria la auréola de María; siendo, por lo mismo, muy natural, que en nuestros dias mismos, María muestre la satisfaccion que recibió con esa nueva gloria suya.

¡Oh vosotros, que temblais ya en vista de los primeros triunfos! vosotros, que incrédulos todavía, os persuadís de que llegó ya la hora, en la cual os ha de ser dado aniquilar, enteramente, la religion y la Iglesia, el altar y el sacerdocio, el culto y la fé! ¡Ah! vosotros debierais, sin embargo, convenceros, y la experiencia de diez y nueve siglos debiera confirmaros en la creencia, de que la navecilla de Pedro no zozobra, que la Esposa de Cristo no decae, y que la ciudadela de Sion no se hunde: debierais persuadiros, de que vela á su lado

María; y de que, si siempre esa Madre la hizo gloriosamente triunfar, hoy, que motivos más poderosos la obligan, por decirlo así, á defenderla, hoy hará, que el triunfo sea más solemne, más vergonzosa vuestra humillacion, y más irreparable vuestra caida.

Consolémonos, pues, por nuestra parte, carísimos hermanos: nosotros tenemos una mística planta, un espiritual Acebo, que nos ofrece poderosa defensa, el refrigerio, la proteccion y la vida: tenemos una Madre, que fué y será siempre nuestro refugio; una Madre, que nos ama; y que reconociendo en nosotros aquellas prendas de amor, rescatadas de la más abyecta servidumbre con la sangre y la muerte de su Hijo, y con el precio de sus inauditos martirios, no puede ménos de tomar nuestra defensa, y hacer que salgamos victoriosos, bajo todos conceptos, de nuestros enemigos.

Las persecuciones terminaron, y los tiranos desaparecieron; cesaron las heregias; y los heresiarcas quedaron sepultados en el olvido: tuvieron fin los combates, y los caudillos perecieron. Hoy, nuevas persecuciones, heregias más impías, y combates más terribles nos asaltan por todas partes. Pues bien, los tiranos, los heresiarcas y los caudillos sucumbirán igualmente; y la Iglesia, merced á María, añadirá nuevas glorias á sus triunfos; levantará, sobre las cenizas de los nuevos enemigos, nuevos trofeos á su victoria, entonando himnos de reconocimiento y de alabanza á la faz de aquellos, que hoy procuran su destruccion.

¡Oh! animémonos, pues, hermanos míos; animémonos mutuamente con una santa esperanza, una cierta confianza, una invencible certidumbre. Así en las calamidades públicas, como en las privadas, no desmayemos nunca. María es poderosa para salvarnos; María es poderosa para destruir y aniquilar el poder de nuestros crueles adversarios. Tiemblen los enemigos al oír pronunciar su nombre; estremézanse los malos en presencia de esa Madre, y nosotros, ante ese nombre y ante esa presencia, consolémonos. En los crudos rigores de la estacion adversa, busquemos en María el refugio, en María el sustento, en María la defensa.

¡Ah! no nos abandoneis ¡oh María! bien que indignos de vuestra proteccion, somos, sin embargo, hijos vuestros; somos prendas de vuestro amor; somos miembros de aquel místico cuerpo, cuya preservacion y auxilio á Vos, espiritual Acebo, se os confi6. ¡Oh Madre! ¿no veis cuán afligida se halla la Iglesia, cuán oprimida por las tribulaciones, cuán combatida y perseguida es por los impíos? Haced, pues, que presto se realice el triunfo, que pronto puedan respirar los fieles, y con éstos su Cabeza; y con su Cabeza, sus

consagrados ministros; y con éstos, las familias religiosas; y con éstas, todos los justos, que bien que ocultos, en verdad, no faltan aún en nuestros días sobre la tierra. ¡Oh! abatid ¡oh María! abatid para su arrepentimiento, la audacia de los incrédulos, el odio de los prevaricados cristianos, y el poder de todos los enemigos vuestros y de vuestro Hijo, de la religión y de la fé, del sacerdocio y del altar! También son ellos hijos vuestros; hijos, que Vos concebisteis con los demás sobre la cumbre del Gólgota, en la inmensidad de vuestros tremendos martirios. Consoladnos á todos ¡oh María! y una vez devuelta á la Iglesia la paz, al Pontífice la seguridad, á los sacerdotes el contento, y á los fieles todos la alegría, estableced en nuestros corazones el reinado de la justicia y de la virtud. Unidos así, estrechamente, los espíritus, y encaminadas las inteligencias hácia un solo objetivo, será ese un nuevo triunfo estable, duradero, eterno.

DIA VEINTE Y CINCO.

LA PASIONARIA,

Ó SEA:

LAS TRIBULACIONES.

Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum.

Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo.

(1.^a PETR. II, 21).

En el delicioso paseo que hemos emprendido durante este mes por el interior del florido jardín, que vamos contemplando paso á paso, persuádmeme, hermanos míos, de que no debía hallar en él más que objetos de satisfacción, de alegría y de regocijo; creía, que, cuando ménos, en este lugar, mi pecho hubiera estado exento de inquietudes; que las lágrimas no hubieran venido á humedecer mis ojos, y

que los sollozos no hubieran destrozado mi corazón. Y, sin embargo ¡ah! en este sitio mismo, á la vista de las reciosas florecillas, que hasta ahora han suministrado tanto consueño á mi ánimo; ¡ah! en este sitio mismo, ante esa misma contemplación, brota de mis ojos una lágrima, y un suspiro sale de lo más íntimo de mi corazón. Una flor ¡oh flor dolorosa! trae á mi memoria los horrores de una escena la más triste, las angustias de una Mujer la más desolada y afligida. Y ¿cuál será, pues, esa flor, mis amados hermanos? ¿cuál es la escena que ella nos recuerda? ¿cuáles son las angustias que nos representa? Es la Pasionaria, ó la flor de la Pasión: es una flor vestida de luto, cubierta de color violáceo, formando con sus sutilísimas hojas una punzante corona, figurando con sus tres pistilos tres crueles clavos, y cuyos cinco estambres, que parecen otras tantas llagas, descansando sobre una base, ó tallo, semejante á una columna, recuerdan la pasión del Redentor divino, y con ésta, los dolores y las angustias de su dolorida Madre. ¡Oh flor elocuente en tu lenguaje! ¡oh! calla, pues, que harto comprendo tu muda palabra! Nacida para simbolizar á Aquel, que sufrió en su corazón las penas expresadas por tus dolorosos instrumentos, tú nos recuerdas, que es locura el esperar una vida exenta de tribulaciones y de quebrantos; tú nos recuerdas, que nos hallamos en un valle de lágrimas, obligados á marchar en pos de un Caudillo coronado de espinas, destinados á recorrer una vía de padecimientos y de abrojos. Siendo tú demasiado contraria á nuestra propia fragilidad, nuestra mirada quisiera apartarse de tí; mas tú la esperas allí, precisamente, donde cree no ver otra cosa que alegrías y satisfacciones, en medio de los amenos, deliciosísimos y floridos jardines.

¡Ah! sí, mis amados hermanos; preciso es convencernos, finalmente, de ello: hemos nacido para sufrir. No hay condición alguna que pueda eximirse de las angustias; no hay estado alguno que pueda librarse de las lágrimas; no hay grandeza alguna que pueda evitar los gemidos. No son, ciertamente, menores las penas que se ocultan bajo el manto del más orgulloso potentado, que las que se esconden bajo los harapos del más humilde plebeyo; en medio del fausto del más poderoso magnate, no se derraman ménos lágrimas que entre las miserias del más abyecto necesitado; sobre los hombros del más sábio entre los hombres, no descansa una cruz ménos pesada que sobre los del hombre más ignorante y rudo. Y respecto de nosotros, nos confirma tal verdad aquella Madre, que encumbrada al grado más alto de la grandeza, distinguida con toda suerte de gracias, adornada de los privilegios más insignes, poderosa, sábia, rica, Reina, Sober-